

mité, y por lo más caro del mundo no habrían consentido que se rompiera la unidad de aquel cuerpo. Mas ¡a qué consecuencias tan terribles les condujo esta consideración! Justos y humanos, salvaron individualmente buen número de víctimas; pero tuvieron que cargar con la solidaridad del Terror, en general. ¿Qué importaba que combatesen en las juntas los proyectos terroristas si los firmaban cuando los votaba la mayoría? Hasta se dió el frecuente caso de aparecer sus nombres al pie de disposiciones que no conocían, en virtud del convenio que les obligó á tomar la agobiadora multiplicidad de los negocios, de que cada uno sería casi soberano en el ramo especial que dirigía, contando para las medidas que adoptase con la autorización y la firma de los otros. Los individuos del Comité sentíanse como arrastrados en el espantoso torbellino de un trabajo de quince, diez y seis, á veces diez y ocho horas diarias. «Los acontecimientos más terribles, decía más tarde Carnot, se cumplían con frecuencia sin advertirlo nosotros, ó sin que tuviésemos un minuto para pensar en ellos». Ni aun en las crisis de vida ó muerte suspendían un solo instante el trabajo. «¡Cuántas veces, añade Carnot, emprendíamos una obra de grandes alientos con el convencimiento de que no se nos permitiría acabarla!» «Proseguíamos nuestra tarea diaria, dice por su parte Prieur, como si tuviéramos una vida entera delante de nosotros, cuando era probable que no veríamos salir el sol del día siguiente».

La posteridad, severa con los jefes que dirigieron la política interior del Comité de Salvación pública, ha absuelto y glorificado á los grandes organizadores de la defensa nacional. No tanto. Pues qué, ¿debe sancionarse la doctrina de la salvación pública á todo precio? Nunca. La salvación no es nada sin la justicia, ó más bien, la justicia sola es la salvación. ¿Significan, acaso, la Revolución y la República otra cosa que justicia? Desde el instante en que el derecho se abandonaba, imposible que la República se salvase. Y en cuanto á la defensa nacional, ¿habriase desvirtuado un tilde, por ventura, si sus gloriosos defensores se hubiesen entendido con todos los montañeses que soportaban, gimiendo, la doble presión de Robespierre y de los ultraterroristas?

A mediados de Noviembre, el hebertismo se hallaba en todo su apogeo. En los Cordeleiros, en la Municipalidad, en las secciones, en las calles, en las plazas, el imperio del nuevo culto se manifestaba por actos de delirio. Los jacobinos elevaron á Clotz á la presidencia del club, y nada menos que en la Convención ocurrió el veinte de Noviembre una escena escandalosa. Grupos de hombres disfrazados con adornos sacerdotales, sacados de las sacristías, fueron á llevar delante de la Asamblea los despojos de Saint-Roch y de Saint-Germain-des-Prés, cálices, copones, viriles, candeleros, platos de oro y de plata, bailando y cantando: *Malborough ha muerto*, «alrededor de un paño mortuorio que figuraba el entierro del fanatismo». El presidente y la Asamblea tuvieron la debilidad de acoger y aplaudir la indecente mascarada. Solamente el Comité de Salvación Pública siguió silencioso; por lo que Hebert, sintiendo con espanto que Robespierre tenía fijos sus ojos en

él, al día siguiente, veintiuno de Noviembre, provocó una explicación en el club de los jacobinos. Robespierre aceptó el reto. «Con qué derecho, exclamó, hombres desconocidos hasta aquí en la carrera de la Revolución, vienen á buscar en estos sucesos los medios de usurpar una popularidad falsa, sembrando la discordia entre nosotros, turbando la libertad de cultos en nombre de la libertad, atacando el fanatismo con un fanatismo nuevo, y haciendo degenerar en farsas ridículas los homenajes tributados á la verdad pura? ¿Por qué se les permitiría jugar de esta suerte con la dignidad del pueblo y colgar las sonajas de la locura del cetro mismo de la razón? Se ha supuesto que, acogiendo las ofrendas cívicas, la Convención había proscrito el culto católico. No; la Convención mantiene la libertad de cultos que ha proclamado... El que quiere impedir que la misa se diga, es más fanático que el que la dice. Hay quienes pretenden hacer una religión del ateísmo. Todo filósofo, todo ciudadano puede adoptar en este respecto la opinión que mejor le plazca; el que hiciese de esto un crimen sería un insensato, y cien veces más insensato el legislador que adoptase semejante sistema... El ateísmo es aristocrático. La idea de un gran Sér que vela por la inocencia oprimida y castiga el crimen triunfante, es completamente popular. Si Dios no existiese, sería preciso inventarlo... El pueblo francés no está por los sacerdotes, ni por la superstición, ni por las ceremonias religiosas; está por la idea de un poder incomprendible, espanto del crimen y sostén de la virtud.» Robespierre concluyó denunciando á «una facción del extranjero» que trataba de deshonorar á la República, y proponiendo que fuese depurado el club de los jacobinos. Elocuente estuvo el tribuno, fuerza es confesarlo; pero no verdadero. Su argumentación es completamente sofística: opone á un sistema metafísico otro sistema metafísico; á una deidad abstracta, la Razón, otra deidad no menos abstracta, el Sér Supremo; incurriendo en la misma nota de ateísmo de que acusa á sus adversarios. De la misma suerte, invoca la libertad de culto contra el fanatismo de los habertistas, siendo así que él aspiraba á propagar el culto del Sér Supremo con el mismo celo que los otros empleaban en propagar el de la Razón. Con Robespierre y con Hebert luchan dos sistemas filosóficos, Rousseau y los enciclopedistas. La filosofía corría por todas las arterias de la Revolución.

Hebert no contestó á Robespierre, pero tampoco se dió por vencido; siguió con la frente erguida. Menos aun se acobardó Chaumette, el cual, el veinticinco de Noviembre, corre á la Municipalidad, truena contra las beatas y contra los sacerdotes, y hace votar el cierre de los templos, á cualquier culto que pertenezcan, y el arresto de los que pidan que vuelvan á abrirse; que los sacerdotes sean personalmente responsables de los desórdenes promovidos por opiniones religiosas, y que se invite á la Convención á decretar la exclusión de los sacerdotes de toda función política. Pero en estos instantes entra en lid un terrible adversario de los habertistas, Dantón.

Cansado de guerra, fatigado, lacerado el corazón, Dantón había salido de París á me-

diados de Octubre del noventa y tres, para su casa de Arcis-sur-Aube, donde hubiese querido quedarse para siempre. La rota de los girondinos había dejado en su alma una tristeza profunda, una extrema amargura. Las lágrimas le brotaron á los ojos cuando se le llevó la noticia de haber sido ejecutados. «Eran facciosos» dijo el portador. «¡Facciosos! replicó: ¡sí, como nosotros! Todos merecemos la muerte tanto como ellos; todos sufriremos, unos tras otros, la misma suerte!» Se entregó á largas y tristes meditaciones en aquel apacible retiro, adonde no había cesado de ir hasta en los momentos más tempestuosos de su vida, á buscar un momento de reposo y de olvido en el seno de la familia y de la naturaleza. Hallábase allí junto á su madre, junto á la vieja Margarita Hariot, su nodriza, á cuyo contacto su ruda corteza como se que fundía, experimentando efusiones, ternuras, suspiros olvidados. Parecíale, llegando de París á la pequeña ciudad, pasar de la atmósfera de una fragua al fresco ambiente de un oasis. Contábase en el país que, por las noches, cuando Dantón conversaba junto al hogar, repitiendo á su madre que volvería pronto á Arcis para no separarse ya de ella, los honrados vecinos se acercaban empujados por la curiosidad, no sin espanto á veces, y alargaban el cuello hasta los vidrios de las ventanas, para contemplar á su sabor el enérgico rostro del titán de la Revolución, y cuando le veían tranquilo, soñador, melancólico, ó, á veces, riente, confiado, se retiraban sorprendidos y conquistados. A mediados de Noviembre, del quince al veinte, se despidió de su madre, de sus hijos, de su nodriza, de su tierra, que no había de volver á ver, y reapareció en París llena el alma de una sola aspiración, la clemencia, que se proponía realizar deteniendo el Terror dentro y preparando la paz fuera. Para poner fin al exterminio que desolaba á Francia, abrigaba la esperanza de entenderse con Robespierre; para la paz, contaba con el concurso del partido liberal y pacífico en el parlamento inglés, acaudillado por Fox, con quien le ligaban estrechos vínculos, basados en analogías de carácter y de genio. Sabía Dantón que sólo se podía conseguir la paz empujando la guerra con el mayor vigor, pero quería al mismo tiempo que se adoptase una actitud que permitiese á las potencias aceptarla sin desdoro; muy al contrario de Robespierre, que se había esforzado en impedir la guerra cuando era ineludible, y que ahora usaba un lenguaje y tomaba medidas para hacerla interminable.

Llegaba Dantón á París en ocasión oportuna, cuando Robespierre acababa de romper con el hebertismo. Sin haberse puesto de acuerdo, por el curso de los sucesos, estos dos jefes coincidían ahora en los mismos afectos y aspiraciones: su alianza se imponía. El veintiséis de Noviembre, Dantón habló en la Convención. Pidióla que no recibiese en su seno «mascaradas antirreligiosas.—«Si no hemos honrado al sacerdote del error y del fanatismo, no queremos honrar tampoco al sacerdote de la incredulidad».—Reclamó una relación de los Comités sobre «lo que se llamaba conspiración del extranjero»; pero dió á entender al mismo tiempo que «si la hora en que el pueblo podría mostrarse clemente no

había sonado aún, no tardaría en sonar». Propuso instituir fiestas nacionales, en las que el pueblo ofreciese sus homenajes al Sér Supremo, al Señor de la Naturaleza; porque «nosotros no hemos querido extinguir la superstición para erigir el reinado del ateísmo». ¡Qué analogía, ¿qué digo analogía? qué identidad entre las ideas vertidas ahora por Dantón y las que Robespierre había expuesto contestando á Hebert en el club de los jacobinos! Ocioso es decir que todas las proposiciones fueron aprobadas. El efecto de este discurso sobre los hebertistas fué tremendo. A Chaumette le faltó tiempo para refutarse á sí mismo, repitiendo lo que había dicho Robespierre contra los que «elevaban fanatismo contra fanatismo»; confesó que, después de la declaración de los derechos del hombre, no podía coartarse la libertad de cultos, é hizo votar al Consejo municipal que los ciudadanos eran libres de alquilar casas y pagar ministros para cualquier culto. Hebert fué aún más allá: se retractó en el club de los jacobinos negando que hubiese querido sustituir un culto por otro culto»; protestó de la calumnia que se infería á los ciudadanos de París acusándoles de no tener fe ni religión y de haber suplantado á Jesús por Marat, y unos días después, vióse obligado á rechazar como calumniosa la acusación de ateísmo que todo el mundo le dirigía. Vese que, sobre el terreno religioso, el hebertismo plegaba sus alas; sobre el político, intentó resistir aún. Considerando Chaumette que el proyecto de ley de Billaud-Varennes, que seguía discutiéndose en la Convención, derribaría á la Municipalidad obligando á los comités de las secciones á no mantener correspondencia más que con el de Seguridad general, hizo convocar á las secciones en la Casa capitular, con el pretexto de poner fin á los arrestos arbitrarios. Chaumette disimulaba su intención: protestaba de su adhesión al Comité de Salvación Pública, y al mismo tiempo, hablaba «de la campana que tocaría el pueblo». Pero se equivocaba. Los tiempos habían cambiado; la campana no tocó. El cuatro de Diciembre, por la mañana, el proyecto de Billaud-Varennes fué votado; anulada, la convocatoria de las secciones por la Municipalidad, no sin reconocer las buenas intenciones de ésta, y prohibidas, bajo pena de diez años de cadena, las reuniones generales de los comités revolucionarios. Así acabó la tiranía del Consejo municipal, que tanto tiempo había pesado sobre la Convención.

Esta reacción contra el hebertismo en París se propagó en seguida á las provincias. En Nevers, donde el ex-sacerdote Fouché había provocado manifestaciones ateas, la sociedad popular declaró que el culto de la Razón era el del Sér Supremo. Y como las bancas hebertistas continuasen en algunos departamentos, fomentadas por los representantes en comisión, Robespierre presentó á la Asamblea una proposición en la que atribuía estos excesos á «la facción extranjera», y refutaba los manifiestos de los reyes en los que se presentaba á los franceses como un pueblo sin fe y sin ley. «La República, decía Robespierre en este documento, no es atea; lejos de esto, bajo los auspicios del Sér Supremo ha proclamado los principios inmutables de las sociedades humanas, las leyes